

ESTUDIO DE CASO # CSP 2<sup>1</sup>

# LA CUENCA DEL RÍO MASACRE

Prácticas tradicionales vs. uso racional de los recursos

## Fernando I. Ferrán

*Antropólogo, Profesor-Investigador  
Centro de Estudios Económicos y Sociales,  
P. José Luis Alemán S.J., PUCMM.*

*Noviembre, 2023  
Santo Domingo, R. D.*

### Descargo de Responsabilidad

Este documento fue preparado con el apoyo del pueblo y el gobierno de los Estados Unidos de América a través de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID-RD), bajo los términos y condiciones de la Implementación del Programa de la USAID para el Fortalecimiento de Comunidades. Convenio/Acuerdo de Monto Fijo No. 7205 1722FA00001 para el Programa de la USAID para el Fortalecimiento de Comunidades, firmado entre USAID y AGROFORSA USA, LLC. Los contenidos específicos de este documento son responsabilidad del autor y no reflejan necesariamente los puntos de vista de USAID o del gobierno de los Estados Unidos de América.



**USAID**  
FROM THE AMERICAN PEOPLE



**PUCMM**  
Pontificia Universidad Católica  
Madre y Maestra

<sup>1</sup> Estudio de campo realizado en el contexto del Programa USAID/República Dominicana-Agroforosa Convenio/Acuerdo de Monto Fijo No. 7205 | 722FA00001 para el Programa de la USAID para el Fortalecimiento de Comunidades.



# CONTENIDO

<b>I</b>	<b>UN INCIDENTE QUE CHOCA CON EL ICEBERG</b> .....	3
<b>II</b>	<b>VECINOS, ¿EN GUERRA?</b> .....	5
<b>III</b>	<b>LAS TENSIONES DEL LUGAR</b> .....	7
	a. Propietarios, arrendatarios y trabajadores agrícolas.....	7
	b. La frontera agrícola .....	9
	c. El agua como problema .....	12
	d. Comunidades y conflictos en potencia .....	13
<b>IV</b>	<b>ALTERNATIVAS AL MANEJO DESINTEGRADO DE LA CUENCA</b> .....	19

La cuenca del río Dajabón o Masacre (Véase Ferrán, 2023a)<sup>1</sup> es un caso de estudio importante, si no por otra razón, debido al agua. Sin agua no hay vida; ni humana, ni vegetal ni animal. Su existencia, manejo y cultivo, por consiguiente, son vitales para las poblaciones haitianas y dominicanas que conviven y se reproducen en esa zona medioambiental.

De ahí la relevancia de este estudio de caso eminentemente didáctico, léase bien: no académico ni periodístico. El mismo está formulado para inducir respuestas y compromisos que expliquen y resuelvan, en la práctica, más que en teoría, alguno de los dilemas de la vida comunitaria en un contexto socioambiental de tensiones y, eventualmente, de conflicto. Eso implica trascender las apariencias y todo lo que se dice y opina, hasta develar los dilemas últimos de un mundo fronterizo comprendido —por antonomasia— en términos nacionales, comerciales y políticos.

Sin embargo, el factor clave, aunque oculto, es el medioambiental, en función del uso —más o menos— racional de los recursos naturales renovables de una cuenca hidrográfica demarcada por corrientes de agua tributarias del río Masacre.

En tal contexto, este estudio de caso tiene por finalidad suscitar el interés de los pobladores del lugar en ser acompañados por personal técnico externo en la puesta en práctica y manejo racional de los recursos naturales renovables de la cuenca en cuestión. Esto así, al margen de uno o más conflictos nacionales o internacionales que prevalezcan en la región.

---

<sup>1</sup> Ferrán, F. (comp.). (2023a). *Cuenca hidrográfica del río Masacre: datos y visión de conjunto*. Centro de Estudios Económicos y Sociales P. José Luis Alemán de la PUCMM.



## EL ICEBERG DE LA CUESTIÓN

Suenan los tambores de conflicto informando de una nueva confrontación. Los titulares de la prensa dominicana, entre abril y junio de 2021, lo dicen —casi— todo: “*Haití canalizará río ‘le guste o no’ a la RD*”, declara el vicegobernador del Departamento Noroeste de Haití, Louis Joseph, tras anunciar que abandonaba definitivamente la mesa de diálogo convocada por la gobernadora de la provincia de Dajabón, Rosalba M. Peña.

¿Incidente? El desvío de las aguas del río Masacre para surtir un canal de riego que se pretendía hacer en Ouanaminthe, por órdenes del entonces presidente Jovenel Moïse.

¿Justificación del hecho? En palabras de Joseph: “*Esas aguas las necesitan los haitianos*” y, por tanto, solicita “*la comprensión al pueblo dominicano*”.

La reacción de la parte dominicana no se hizo esperar. Una parte de ella, comprensiblemente, airada. Los ánimos estaban exaltados el mismo 3 de abril: “*Cueste lo que cueste defenderemos el río Masacre*”. En la estrecha calle presidente Henríquez, entre el ayuntamiento del municipio y el parque Duarte se concentraron grupos civiles

contenidos por efectivos militares presentes en una población militarizada.

Según la prensa nacional: “*Estamos dispuestos a defender el río Masacre. Este río que el alcalde de Dajabón no supo defender, nosotros lo vamos a defender. Queremos decirle al presidente de la República, Luis Abinader, ¿tú eres presidente de la República de Dominicana o de Haití?, porque nosotros ya necesitamos que tú te declares, que te definas. No tenemos miedo*”.

La otra parte dominicana se manifestó por medio de tres reacciones convergentes en su llamado a la cordura. Una inmediata, promovida por la gobernadora Peña, proponiendo sentarse a las dos partes nacionales en la misma mesa de diálogo.

La segunda reacción provino del Ministerio de Relaciones Exteriores, que canceló la convocatoria provincial y apeló, dentro de un marco de derecho internacional, al Tratado de Paz y Amistad perpetua y Arbitraje, firmado el 20 de febrero de 1929 entre República Dominicana y Haití. Precisamente, a lo que especifica su

Artículo 10: “En razón de que ríos y otros cursos de aguas nacen en territorio de un Estado y corren por el territorio del otro o sirven de límites entre los dos Estados, ambas Altas Partes Contratantes se comprometen a no hacer ni consentir ninguna obra susceptible de mudar la corriente de aquellas o de alterar el producto de las fuentes de las mismas”.

La tercera respuesta dominicana fue de índole técnica. A finales del mes de mayo del año en curso, el Instituto Nacional de Recursos Hidráulicos, INDRHI, afirmó que los planes del gobierno haitiano de construir una toma de agua en el cauce del río Masacre no causarían graves daños a los sistemas agrícolas en la zona de Dajabón, pues el flujo de agua utilizado estaría por debajo del total del líquido desviado hacia República Dominicana en el mismo cuerpo de agua.

Según el documento emitido por el INDRHI, “la delegación de Haití planteó que el canal en construcción actualmente en el lado haitiano, cuya obra de toma está en proceso de diseño, irrigará una superficie de 3,000 hectáreas, y demandará un caudal de 1.5 m<sup>3</sup>/s, cifra que representa el 20.33 % del caudal promedio anual del río Masacre”. En función de esa información, se concluyó que, “considerando la extensión de terreno que se proyecta irrigar y las eficiencias típicas de riego por gravedad, la demanda de agua podría subir a 3.00 m<sup>3</sup>/s, que sería eventualmente 40.65 % del caudal medio del río, todavía por debajo de las extracciones que se hacen del lado dominicano”.

La sangre no llegó al río, esta vez. El dique haitiano de Ouanaminthe se detuvo. No prevalecieron las justificaciones y consignas de ninguna de las partes. Se impuso el derecho y la razón, no

las necesidades de las partes y mucho menos las exaltaciones patrioteras.

Ahora bien, en ese contexto, relativo a la cuenca del río en cuestión, varias preguntas a discutir y responder:

1. ¿Qué lección o lecciones arroja este incidente a nivel de comunidades y habitantes fronterizos, en sus partes alta y media? Por ejemplo, ¿basta con decir, “lo necesito”, para tomar lo comprensiblemente requerido, pero de manera unilateral? (Véase Ferrán, 2023b)<sup>1</sup>.

Más relevante aún es a nivel comunitario, es decir, no nacional ni internacional:

2. ¿Qué acontece cuando el motivo de la discordia o del malentendido no implica la interacción de las autoridades de ambos países, sino rencillas, malquerencias e intereses contrapuestos de vecinos, connacionales o no, interactuando de manera cotidiana entre sí? Por ejemplo, ¿cuándo el uso de las aguas del río Masacre o de alguno de sus afluentes, para fines de regadío y/o de consumo humano o del ganado, es tenido como un asunto problemático, pero no de una envergadura tal que requiera que las partes diriman sus diferendos a la luz de algún acuerdo bi o internacional?

○ bien,

3. ¿Qué decir si, independiente de incidentes binacionales y/o interétnicos de alta intensidad, las contradicciones y conflictos resultan en y de prácticas meramente contraindicadas y no conducentes a un adecuado manejo integrado de los recursos naturales, en una cuenca como la del río Masacre?

<sup>1</sup> Ferrán, F. (2023b). *Árbol de problemas del agua Cuenca del río Masacre*. [Diapositiva de PowerPoint].

## II

## VECINOS, ¿EN GUERRA?

Como en cualquier situación que implique la intervención humana, el manejo de las cuencas hidrográficas viene condicionado por las relaciones sociales que ahí se entablan. Por tanto, profundizando en las relaciones comunitarias que tienen lugar en la cuenca del río Masacre o Dajabón, en la región fronteriza, vale la pena indagar si a nivel de su cuenca media o alta se repite lo visto a nivel de la cuenca baja, donde un canal de riego es justificado porque “*lo necesitamos*”, e incluso termina ocasionando un altercado diplomático entre dos gobiernos.

Así, pues, ¿las relaciones de dominicanos y haitianos, cada uno desde su país, o conviviendo en una misma comunidad o paraje rural de las partes media o alta de la cuenca, transcurren sin remedio de incidente en incidente? La respuesta no escapa a ningún observador avisado.

Ningún clima conflictivo parece ser la norma de esas zonas de la cuenca bajo estudio, en función de dos variables. Primera variable es que las familias rayanas son comunes en uno y otro lado de la frontera. La segunda es que la literatura

especializada en estudios de campo antropológicos es conclusiva al respecto: los vínculos familiares entre dominicanos y haitianos son suficientemente sólidos y estables. Tanto, como para permitir y propiciar “*interacciones cordiales, sostenibles e interdependientes, por competitivas que sean, en actividades laborales y de desarrollo*”.

Entre otros indicadores objetivos de armonía se encuentran un fuerte nivel de interdependencia económica entre los dos países, patrones de matrimonios mixtos, adopción informal de niños haitianos por parte de padres dominicanos, pronta aceptación de haitianos en hospitales dominicanos y presencia de un gran número de niños haitianos indocumentados en escuelas primarias dominicanas.

Yendo a nivel de campo, ¿acaso dicho clima de armonía no es el que predomina en comunidades como Capotillo, Villa Esperanza, Hipólito Billini y otras tantas correspondientes a la franja comprendida, *grosso modo*, desde Loma de Cabrera, por no subir y referirnos aquí a Restauración, bajando hasta Dajabón y, del otro

lado de la frontera, desde Tirolí descendiendo la cuenca hasta Ouanaminthe? La convivencia, solidaria y hasta fraterna, a pesar de su sinfín de diferencias, ¿no llega al extremo de dar lugar significativamente a un habla común a sus diferencias lingüísticas, el “españolole”, de uso local entre los comunitarios locales?

Por supuesto, en el diario vivir de dominicanos y haitianos que conviven e interactúan entre sí, hay pleitos y trifulcas, además de convivencia e interdependencia. Destacan los altercados por motivos individuales de celos y relaciones de parejas, así como robo de ganado u otros, en tanto que cohechos no solo por haitianos o por dominicanos, sino también con la colaboración de malhechores de ambos grupos. Esos y otros tantos incidentes ocurren en todo grupo social humano, pero no necesariamente comprometen la paz social de connacionales o no, que coexisten e interactúan entre sí de manera habitual y cotidiana.

En ese contexto, otra serie de cuestiones a ponderar antes de responder en uno u otro sentido:

1. ¿Es o no es un infundio afirmar que, en las comunidades fronterizas, se vive en un sempiterno clima de incertidumbre y hostilidades entre dominicanos y haitianos, digno reflejo del malestar generado por el desvío del río Masacre en la cuenca baja?

2. ¿Cómo entender mejor el ‘dime y direte’ en el sentido de que haitianos y dominicanos son incapaces de desprenderse del “*antagonismo secular*” que les impide relacionarse e interactuar libres de enemistad y recíproco hostigamiento?
3. ¿Por qué no decir a la franca que, en el diario vivir de dominicanos y haitianos en las cuencas media y alta del Masacre, la repulsa y la animadversión entre ambos grupos únicamente existe en la mente trasnochada de algunos forasteros, al igual que en los estereotipos generados por información carente de contacto real y prolongado con los actores locales?

O, argumentando al contrario, si se asume que el pretendido clima de armonía es inexistente y más bien predomina la desconfianza y la hostilidad en las comunidades de la zona,

4. ¿Por qué los miembros de cada grupo nacional enfrentado a nivel local no son los primeros en denunciar y protegerse de los otros, cuando estos llegan, se establecen y/o usufructúan los escasos recursos disponibles? En otras palabras, ¿por qué permanecen resignados a la presencia de los otros?



### III

## LAS TENSIONES DEL LUGAR

### A

### PROPIETARIOS, ARRENDATARIOS Y TRABAJADORES AGRÍCOLAS

Una cosa es hostilidad, antagonismo, enemistad jurada entre los actores sociales de grupos adversos interactivos, y otra muy distinta es la existencia de tensiones entre ellos; sobre todo, cuando las tiranteces comunitarias resultan de la competencia de sujetos —sean estos conacionales o no— con acceso a derechos y oportunidades desiguales, mientras procuran acceso a recursos escasos.

Es en ese contexto de tiranteces que conviene analizar el mercado laboral de los habitantes rurales en la cuenca media del río Dajabón. En esa cuenca fronteriza en la que la migración es el pan nuestro de cada día, la primera variable trastocada es la de los puestos de trabajo disponibles para asentar el flujo migratorio y, eventualmente, desplazar a los locales.

Lo primero a tomar en consideración es que no se reportan conflictos, *per se*, entre domi-

nicanos y haitianos, en tierras del lado haitiano de la cuenca media, aunque ocasionalmente sí entre los propios haitianos: la mayoría de las cuales son disputas entre parientes, no entre campesinos locales y advenedizos. Dado el sistema de tenencia de la tierra en Haití, en el que la subdivisión del minifundio puede ir al infinito, se reportan frecuentes disputas intrafamiliares en el momento de la subdivisión. Se trata de incidentes que, supuestamente, ocurrirían incluso si hubiera un sistema de tenencia de la tierra formalizado y basado en agrimensuras y escrituras legales.

Del lado dominicano, la situación es otra. Las comunidades rurales dominicanas de la cuenca media cuentan con una población haitiana establecida por años. Se trata de una población asentada, no de inmigrantes que están de paso. Estos últimos utilizan necesariamente el lado dominicano de la frontera de trampolín, en su

gran mayoría, en condiciones de irregularidad, al tiempo que incursionan en el país en la ruta al Cibao o más allá gracias a una red informal de complicidades.

El haitiano establecido por años tiene acceso a trabajar la tierra que algún propietario dominicano le permita, a cambio de un salario. No se trata de invasión de terrenos ni de traspaso de propiedad, sino de un arreglo laboral. Ese arreglo laboral rara vez implica discusiones o regateos por el monto del salario, debido a lo cual no propician una situación conflictos habituales.

Ahora bien,

1. ¿A qué se debe que el campesinado dominicano de la zona correspondiente a la cuenca media deje sus conucos al cuidado laboral del haitiano y termine emigrando de su patria chica?, ¿será por falta de crédito?, ¿de agua para irrigar?, ¿de vocación agrícola? ¿O sencillamente se trata de una combinación de esas tres realidades?

En cualquier hipótesis, es indudable que los sectores más jóvenes de la población dominicana están cada día más inclinados a abandonar sus predios agrícolas y emigrar en busca de nuevas y mejores oportunidades laborales fuera del campo. Y,

2. ¿Acaso no es esa realidad la que explica el incremento de los trabajadores agrícolas haitianos en la cuenca media? Y, por añadidura, ¿ese incremento no se traduce en un fenómeno demográfico en función del cual los parajes rurales originales se subdividan, no por efecto de guetos para albergar a los no nacionales, sino en subcentros poblacionales alejados entre sí, ocupados los primeros por dominicanos y los más recientes por

haitianos, tal y como se verifica paulatinamente en comunidades similares a la de Hipólito Billini?

Independientemente de las transformaciones poblacionales, lo significativo resulta ser que la población dominicana que permanece en las comunidades rurales de la cuenca media de los afluentes del Masacre depende esencialmente de trabajadores agrícolas oriundos de Haití. Esa dependencia transcurre sin evidencias de enfrentamientos ni conflictos grupales, pero sí con reclamos y diferendos por motivo de la paga que reciben los haitianos por los trabajos contratados.

Así como todo es según el color del prisma con que se le mira, los referidos arreglos y contrataciones laborales reciben diversas interpretaciones: los dominicanos explotan a los haitianos, pagándoles salarios más bajos que los que pagarían a dominicanos; o, a la inversa, los haitianos se benefician en las fincas dominicanas de salarios mucho más altos que los que se les pagarían en Haití.

En medio de ambas realidades, las preguntas, cuyas respuestas aquilatan la envergadura de la tensión laboral en la región de referencia, son tres:

3. ¿Por qué el trabajador agrícola haitiano opta por quedarse en la zona media de la cuenca y soporta la baja remuneración que ahí recibe, en vez de ir a ganar, en su misma condición migratoria, dos y tres veces más dinero en el interior del territorio dominicano?

Y, recíprocamente,

4. ¿Por qué el dominicano sigue expuesto y dependiendo de dicha mano de obra?

5. ¿Acaso no es empíricamente verificable que el trabajador haitiano soporta el menosprecio de su labor y el nacional acepta cierta dependencia de aquel, porque, al fin y al cabo, los intercambios de ambos están supeditados no solo a fuertes presiones de sus respectivas necesidades de reproducción social, sino también a estrechos e incluso gratificantes vínculos interpersonales?

Por supuesto, independiente de las respuestas de rigor a la serie de preguntas anteriores, queda por resolver el verdadero problema institucional de las relaciones interétnicas en la región: a saber, que los dominicanos gozan de derechos en su patria, mientras que los haitianos permanecen aparentemente excluidos —en la práctica— de amparo legal e institucional.

## B LA FRONTERA AGRÍCOLA

La frontera agrícola avanza en la cuenca media y, también, en la cuenca alta del río Dajabón o Masacre. En ambos casos, la intervención es de baja intensidad, esto es, ni agroindustrial ni de plantaciones. Se trata en su mayoría de un sistema agropecuario campesino de raigambre minifundista, tenido bajo un régimen predominante de propiedad privada, por veces con predios arrendados y, mayoritariamente, de uso para fines de subsistencia o abastecimiento familiar. Su método de rotación de cultivos no permite el desarrollo de ofertas agrícolas de importancia.

Una clasificación aproximativa de los predios del referido sistema de explotación, en la cuenca media, pudiera ser esta:

- Tradicional sostenible: fincas de autoconsumo sostenible. Explotaciones que producen una amplia diversidad de productos y presentan un elevado valor natural. Constituyen la base económica de familias minifundistas.
- Tradicional insostenible: fincas de autoconsumo, pero que producen ocasionando un grave deterioro ambiental, principalmente erosión del suelo, como en fincas de café, por ejemplo.

- Pseudo-industrial insostenible: fincas intensivas insostenibles, con importantes *inputs* externos para cultivos de renta (café) que degradan intensamente el ecosistema.
- Empobrecido: fincas improductivas con graves problemas de erosión.

Los sistemas tradicionales de producción de rotaciones de cultivos son frecuentemente vistos de forma negativa, por la baja productividad de los cultivos, en comparación con los sistemas de monocultivo y de plantaciones, con alto uso de insumos (fincas mayores de 15 has.). De igual manera, acarrear consecuencias negativas para los suelos debido a que provocan arrastres de la superficie vegetal por el uso continuo.

En la zona, es usual constatar que los campesinos y productores locales combinan la agricultura con la cría de animales: ganado vacuno, más que aves de corral y rebaños de ovejas. La crianza se basa principalmente en el uso de pastizales modificados. El manejo del ganado muestra un comportamiento muy similar en el uso del pastoreo libre, del pastoreo mixto y de la estabulación, variedad esta última que suele corresponder al ganado vacuno.

Ahora bien, en el marco de referencia de este estudio de caso en discusión, lo decisivo es el impacto —positivo o adverso— que el uso —racional o irracional— de diversas prácticas y tecnologías de dominio consuetudinario de la población local genera en recursos renovables, tales como el agua, el suelo, la foresta y la biodiversidad, en las partes altas y medias de la cuenca.

En ese complejo de cosas, resalta el tema de la deforestación a causa de prácticas contraindicadas de ganadería y de conuquismo en dichos niveles de la cuenca. Al respecto, las opiniones no se dividen. Se opina y perjura que el conuquismo está asociado a los haitianos que mero-dean la región y que la deforestación es asunto de ganaderos dominicanos; pero

1. ¿Esas generalizaciones son verídicas? ¿Por qué?

Si se trata de prácticas habituales de los campesinos, independientemente de etnias y nacionalidades,

2. ¿Sabe responder alguien por qué estas prácticas están excluidas de cualquier manual de uso racional del recurso suelo en la parte media y, muy en particular, en la parte alta de cuanta cuenca hidrográfica existe en el mundo entero?

Por vía de consecuencia, cabe preguntar por la ausencia casi absoluta de prácticas agroforestales —por no aludir aquí a las silvoagropecuarias— en esta cuenca fronteriza. Como complemento, o mejor aún, en reemplazo de prácticas de reforestación, la agroforestería permitiría, al mismo tiempo, la convivencia del árbol con la siembra, y colocaría al árbol forestal en la categoría de insumo económico. Insumo

ese que habría que sembrar y cosechar como cualquier otro cultivo. Su adaptabilidad sería tanto más apreciable, si el campesino o agricultor fuera tenido formalmente por las autoridades como el dueño de los árboles sembrados. En este caso, no habría que pedir permiso para cosechar la madera y venderla como planchas, postes o carbón. Por demás, con un buen sistema de extensión agrícola se exhortaría al productor agrícola a sembrar, cuidar y cosechar su madera de la misma manera que siembra, cuida y cosecha otros productos como yuca, maíz, habichuelas, plátanos o frutales, como el mango.

Conviene tener en cuenta que la práctica agroforestal trae otros beneficios. El árbol resiste la sequía mejor que los cultivos anuales. Puede guardarse por tiempo indefinido y cosecharse cuando apremie la falta de dinero, pues su rendimiento económico es superior al de los otros cultivos y de la misma ganadería. Y, más aún, el mercado para el carbón dejaría de ser necesariamente un enemigo de la naturaleza.

Así, pues, parece evidente que la deforestación, al igual que la subsiguiente escorrentía del agua en suelos de ladera descubiertos, podrían ser mitigadas por prácticas más idóneas como las agroforestales. Pero, entonces,

3. ¿A qué se debe tan mal manejo del recurso forestal en la cuenca media del río Dajabón?, ¿simple cuestión de ignorancia medioambiental?, ¿conservadurismo y tradicionalismo agropecuario enraizados hasta en los tuétanos de los huesos de la población?, ¿falta de capacidad para aplicar la ley y normas ambientales?, ¿un ineficiente o inexistente sistema de extensión agrícola del Ministerio de Agricultura?

En lo que se procuren y ponderen tantas respuestas, conviene no pasar por alto un asunto que colinda con los anteriores. En la cuenca media, conformada por la red de afluentes del río Masacre, así como en su parte alta, la práctica habitual consigna que la tumba y quema de nuevos terrenos acontece, a veces para ampliar fincas, otras para hacer carbón y, aunque más raro, como vestigio de productores nómadas. La población en general resiente esa práctica y se la achaca a los haitianos, pero

4. ¿Tan mala práctica es atribuible exclusivamente a la contraparte haitiana, sin por lo menos consentimiento de la dominicana?

Independiente de quienquiera sea el o los responsables de una práctica tan degradante del suelo y de su cobertura vegetal,

5. ¿La población está condenada a un manejo ambiental insostenible de sus fincas? ¿A qué mejores técnicas podría apelarse a la hora de superar sus efectos nocivos?

De hecho, al momento de la siembra, los campesinos solo pueden y/o saben recurrir a técnicas de tala y quema, así como al labrado de los suelos, razón esta por la que terminan

empobreciendo los conucos y las parcelas, en la medida en que pierden la capa vegetal que retiene los nutrientes del suelo y, por ende, afectan su productividad.

Otro tema puesto en entredicho en términos de buen manejo de los recursos, siempre en las mismas áreas de la cuenca, es la forma de fertilizar los suelos. Habitualmente, la población local recurre al empleo de estiércol en grandes cantidades, a pesar de esto estar considerado como un contaminante, más que una fuente de riqueza para el suelo. Dadas esas prácticas,

6. ¿Qué mejor práctica recomendar que sea más sustentable?

Una última observación en el contexto de la expansión de la frontera agrícola. A propósito de los patrones culturales de control de plagas que emplean campesinos y demás productores, sobre todo en la cuenca media, se advierte que solo unos pocos utilizan, de modo excepcional, prácticas de control biológico con la plantación de algunos árboles como el nim. Y esto es así aun cuando, paradójicamente, la gran mayoría de los habitantes atestiguan que perciben la contaminación de las aguas que utilizan para consumo familiar.



## C EL AGUA COMO PROBLEMA

La disminución del volumen de agua, así como el deterioro de la calidad del líquido que fluye por el Masacre, sus cañadas y afluentes, es *vox populi* y está a la vista de quien quiera verlo. Al mismo tiempo, la responsabilidad de incrementarla y de mejorar su gestión, no deja de confundirse con la irresponsabilidad de prácticamente todos los habitantes de la cuenca que no hacen lo necesario ni lo suficiente para corregir el tratamiento ineficiente de las aguas residuales. Ningún paraje rural, comunidad, población, municipio o ciudad cuenta con planta de tratamiento de aguas residuales.

En cuanto vereda y atajo se religan los asentamientos rurales en la cuenca media del río Dajabón se comenta que hay un pronóstico en vía de cumplirse. Este augurio llega de la mano del cambio climático. La merma pluviométrica es verificable y las sequías crónicas también. Sequías progresivas e inundaciones repentinas son las dos caras de la misma amenaza generalizada. Azotan a su manera los sembradíos, la pecuaria y las aglomeraciones de población humana.

Tan intrincada es la situación, que el punto más crítico probablemente sea la arista del agua potable. Para muestra un botón: el río Manatí, principal tributario del Masacre. Desde Don Miguel hasta Hipólito Billini pueden registrarse significativos altercados por motivos del manejo de las aguas potables. En particular, hay un acueducto comunitario sito en una propiedad privada y limitírofe a una comunidad, cuyo propietario y los respectivos miembros de la comunidad, se muestran aparentemente incapaces de llegar a un acuerdo.

Abundan también ejemplos de malentendidos por la sencilla razón de que se desconocen

los mecanismos para aplicar la ley ambiental. Según un testigo de la zona, que hace las veces de vocero de la situación, “*en términos de grupos confrontados, los conflictos como tales son escasos, prácticamente inexistentes. No hay altercados por malas prácticas, pero sí por intereses individuales*”.

Ahora bien, en ese marco de referencia, qué se puede decir.

1. ¿Puede generalizarse y afirmarse que en el nivel medio de la cuenca el problema del acceso a las fuentes, conductos y acueductos de agua no llega a la categoría de conflicto propiamente dicho de grupos comunitarios enfrentados entre sí?

Independientemente de la respuesta en uno u otro sentido, conviene cuanto antes afrontar un sinfín de dilemas e incertidumbres relativos al agua en la zona. De no ser así, en palabras de un viejo rayano de Don Miguel, a “*las futuras generaciones, no importa si son o no dominicanas, les tocará pagar el precio porque nosotros nos cruzamos de brazos ante tantos problemas*”.

Los inconvenientes y dificultades son ingentes en las partes altas y media de la cuenca del río Dajabón: desconocimiento de un marco regulatorio, dispersión institucional del tema, escasez y deterioro de la calidad del líquido, falta de obras de regulación y almacenamiento, falta de inversiones en agua potable y, sobre todas las cosas, gestión insostenible del recurso y total falta de educación en términos de mejores prácticas del cultivo y manejo del agua por parte de los lugareños.

Pero por añadidura, como si todo eso fuera poco, está la realidad binacional relativa al uso de

las aguas del río Dajabón, en tanto que prede-terminada por el Tratado Binacional de 1929 y, también, expuesta a decisiones arbitrarias de uno u otro actor.

En conclusión, una sola pregunta parece ser decisiva y operacional:

2. ¿Cómo pueden, no solo las autoridades locales, sino los agentes comunitarios, empoderarse y detener, todos a una, la contaminación y degradación de las aguas, tanto superficiales como subterráneas, de las partes alta y media de la cuenca?

Ese empoderamiento es tanto más urgente, cuanto que no solo la parte haitiana de la frontera requiere agua, según reza su justificación para la construcción inconsulta del canal de agua del río Masacre a la altura de Dajabón-Ouanaminthe; también la parte dominicana la necesita con urgencia para fines de consumo humano

y de producción agrícola e industrial de las zonas de Restauración, Loma de Cabrera, Dajabón y Manzanillo.

De modo que el actual diferendo por el agua podría llegar a ser la causa de una gran disputa fronteriza de dominicanos y haitianos, en menos de lo que canta un gallo fronterizo. Eso así, justo en la medida en que las cañadas y los afluentes que configuran el entramado de la cuenca del Masacre se vean perjudicados por la serie de malas prácticas ya advertidas: deforestación, para producir carbón o extender indiscriminadamente la frontera agrícola; depredación, atribuida a incursiones furtivas de población haitiana; uso irracional de la tumba y quema, y ganadería extensiva, en la parte a media de sus subcuencas, además de extracción de arena en el lecho fluvial y, a lo largo de todo el cauce, pésima disposición contaminante de desechos sólidos y de plásticos.

## **D** TIPOS DE COMUNIDADES Y CONFLICTOS EN POTENCIA

A propósito de los problemas con el agua, conviene analizar mejor el manejo comunitario de las tomas de agua y de los “*acueductos*” locales, principalmente, en las partes alta y media de la cuenca. Con ese propósito en mente, salta a la vista el significativo contraste que viene dándose entre unas y otras comunidades rurales en función de su relativo crecimiento demográfico y de diferentes intereses grupales.

(d.1) Tipo de comunidad homogéneo: sin diferencias intracomunitarias, hacia el entorno poblacional. En Fondo Grande, por ejemplo, encontramos un paraje rural con 30 viviendas, 29 de nativos y una con familiares haitianos. Es

una zona de cultivo de cacao sin problemas de deforestación y tampoco de aprovechamiento de los árboles con fines de preparar carbón. Las relaciones sociales de los vecinos son primarias y armoniosas. Por demás, existe una población trabajadora haitiana temporera que entra y sale del área, según lo requiera el cacaotal, pero que no está establecida ni es habitual en dicha comunidad.

De las viviendas del lugar, solo 26 tienen acceso al agua. No obstante, no hay indicio alguno de que el manejo del pretendido acueducto por los miembros de la comunidad sea causa de fricción, malentendidos, disputas, malquerencias,

trifulcas, entre ellos. El agua no es fuente de conflicto entre las familias del lugar ni de división entre los comunitarios.

En ese contexto despierta un asunto de importancia significativa. Independientemente de que el agua no sea una fuente de división entre los miembros de la comunidad en Fondo Grande, sin dudas, sí es motivo de recelos y ojerizas de estos con los de otros poblados adyacentes.

Ahora bien, según la data disponible en la zona, dicha comunidad solo utiliza (del caudal fluvial que nace en la vecina comunidad de Mariano Cestero, calificada de poco responsable en asuntos medioambientales,) 9.5 kW de los 17 kW de capacidad instalada. Acontece que la planta hidroeléctrica no funciona en absoluto, y la comunidad está intentando conectarse a la red nacional. De acuerdo con la fuente informante, uno de los líderes comunitarios de Fondo Grande mantiene que los vecinos “*son incrédulos, se resisten. Se necesitan alternativas para conquistar a esa gente, se necesita la intervención del Gobierno*». ¿Por qué? Porque la cuenca alta necesita reforestación: “*Aspiramos a que Medio Ambiente diga que esto es del río, hay que protegerlo*.”

De ahí la aparición de tres dificultades mayores. Primera: dado que el nacimiento del río no tiene lugar aguas arriba,

1. ¿No es un problema mayúsculo la inconsecuencia de los vecinos de Mariano Cestero, y en el recorrido del curso de las aguas, respecto al conjunto de los demás usuarios limítrofes o no, dependientes todos del preciado líquido?
2. ¿Qué decir del papel regulador del Ministerio de Medio Ambiente en la cuenca? Y, por ende,

3. ¿Qué pueden y deben de hacer los vecinos de Fondo Grande para tomar la iniciativa y reparar la planta eléctrica —muy probablemente— sin tener que apelar al “gobierno”?

Así, en el conjunto comunitario de la cuenca, Fondo Grande está más próximo al nivel de armonía y cohesión de Hipólito Billini (Infra, d.2), que al de Capotillo (Infra, d.3).

(d.2) Tipo de comunidad diferenciada: tanto a lo interno de ella, como de las comunidades aledañas. En Hipólito Billini, a diferencia de Fondo Grande, aparece consignada algún tipo de diferencia significativa entre sus miembros. La diferenciación y disconformidad entre vecinos es producto de las opiniones e intereses de un vecino particular, en contraposición a todos los demás.

En efecto, de acuerdo con la información recogida en el lugar, los habitantes de dicha comunidad son incapaces —hasta prueba en contrario— de llegar a un acuerdo respecto a la localización de la toma de agua construida con la colaboración, tanto de los vecinos como externa (ejemplo, el Servicio Social de Iglesias Evangélicas). Por tal desacuerdo de índole individual, atribuible a uno de los vecinos, los diferendos anulan la sintonía que predomina en Fondo Grande, pero sin por ello acercarse al extremo de Capotillo, donde la tensión es sensiblemente más alta.

Pero más serias resultan esta vez las relaciones tensas entre comunidades aguas arriba y aguas abajo del trayecto fluvial. Esto así, pues los vecinos de Hipólito Billini tienen su propia toma de agua (hecho con fondos propios y externos) y, por tanto, dicen algunos que “*cada cual arree con su problema*”; entiéndase bien, no hay que dar agua a vecinos río abajo que, luego de acabar

con sus bosques aledaños, vienen a tomar posesión de la única agua que queda para el futuro, desprovistos de un plan de cómo compartir y cuidar de ese recurso en su territorio.

Así, pues, dos preguntas surgen al respecto: asumiendo como buena y válida la descripción precedente y, dado que es una constante en la que coinciden con lo visto a propósito de Fondo Grande,

4. ¿Cómo mediar entre intereses contrapuestos de las comunidades? Y,
5. ¿Acaso el mismo desacuerdo que prevalece entre Fondo Grande e Hipólito Mejía no está entrelazado con la toma de agua que se pasa a describir en el caso más «complejo» de Capotillo?

(d.3) Tipo de comunidad compleja: en Capotillo, sitio de referencia, así como en Pueblo Nuevo y Don Miguel, la situación es, relativamente hablando, de mayor contrariedad y tirantez dada la complejidad de los intereses creados. A su vez, el ritmo de crecimiento y la diversidad y divergencia poblacional son, cada uno en su ámbito de incidencia, más elevados que en los dos tipos de comunidades antedichos.

(d.3.i) Efectivamente, Capotillo ha tomado prestancia no solo por motivos históricos. En primer lugar, ostenta la presencia de efectivos del batallón del Cuerpo Especializado en Seguridad Terrestre (Cesfront) ahí estacionados. Es muy probable que, la presencia de aquellos efectivos militares motivara la construcción de un nuevo acueducto en Capotillo. En esa obra intervienen, además del Instituto Nacional de Aguas Potables y Alcantarillados (INAPA), la Dirección General de Desarrollo Fronterizo y el Instituto Nacional de Formación Técnico

Profesional (INFOTEP). Por demás, en segundo lugar, Capotillo alberga un significativo número de familias haitianas que circundan las fuentes de agua en las cañadas limítrofes.

Ahora bien,

6. ¿A qué se debe el malestar comunitario? ¿Qué agrieta las relaciones de los miembros de la comunidad?

Dicho malestar es indudable, según fuentes lugareñas, y a todas luces aumenta sin mediación que lo mitigue ni resuelva, en específico porque las familias haitianas en las inmediaciones de las tomas de agua de la cañada del lugar se resisten a salir del área y trasladarse o ser trasladadas. En cuestión está la «cañada del lugar» para Capotillo, que está en Chorro Bonito, justo aguas arriba de Hipólito Billini (con cabecera más arriba, en Carrizal, en el Distrito Municipal de Restauración), que es donde «*las familias haitianas... se resisten a salir del área*».

Pero esa no es la única complicación. Casi todos los terratenientes dominicanos de Chorro Bonito se han trasladado al barrio de Villa Esperanza de Hipólito Billini, y las familias de Chorro Bonito que viven y trabajan la tierra allí son casi todas haitianas. Y, como si esa reubicación espontánea fuera poco significativa, se llega al fondo de la cuestión. Asumiendo que la construcción de un acueducto multicomunitario en Capotillo sea fuente de disputas, queda por determinar

7. ¿Por qué esa construcción ocasiona malestar y cómo mitigarlo?

En cualquier hipótesis, el peligro de un conflicto abierto proviene de que, ante la ausencia de negociaciones y acuerdos comunitarios entre los indispuestos grupos étnicos nacionales, la situación degenera a tal extremo que las partes

recurran a la fuerza y a la violencia para hacer valer sus motivaciones respectivas.

En adición al caso anterior, existen otras dos situaciones que en el momento menos pensado pasan de ser meros incordios e irritaciones recíprocas a refriegas incendiarias.

(d.3.ii) La primera de esas dos situaciones fragua, en general, entre las comunidades de las partes media y baja de la cuenca hidrográfica. La manzana de la discordia aparece y da frutos en la medida en que comienza a escasear el agua —o el acceso a ella— en la parte baja del río Dajabón.

Un arriesgado acelerador del potencial conflicto ya es discernible en el creciente número de propietarios de tierras en las partes altas de la cuenca que las arriendan o ceden principal, aunque no exclusivamente a haitianos, para que sean desmontadas. Con el desmonte, de facto, se cede el paso al “conuquismo” y a la producción de leña y carbón.

Por vía de causa-efecto de tal desmonte, los caudales de ríos como el Manatí y el mismo Dajabón han disminuido significativamente, afectando el volumen del líquido que llega a las comunidades aguas abajo, así como al sistema de riego, a la Laguna Saladillo y a la Bahía de Manzanillo. Esta situación lleva sobrados motivos de inquietud a los habitantes y propietarios de tierra asentados en la parte baja de la cuenca. Aquí, parece ser cuestión de fe pública que en las partes media y alta estén aumentando “*las fincas ganaderas, esas que conceden pedazos de tierra a los haitianos para sus conucos, con el compromiso de que devuelvan esos terruños listos para el pastoreo libre*”.

Por supuesto, siempre está —en principio— recurrir a los funcionarios del Ministerio de Medio Ambiente y advertirles del mal uso, tanto del suelo en laderas sin vocación agropecuaria, como del agua por su escorrentía y disminución de caudales. Así, pues,

8. ¿Por qué no se agota esa instancia, para prevenir males mayores?

De hecho, la información de campo disponible responde la pregunta: primero, no previenen a las autoridades de las irregularidades que ocurren aguas arriba, porque, según fuentes informadas, “*no vamos a buscar problemas o tener problemas con nuestros vecinos*”. En segundo lugar, resulta igualmente significativo que “*las autoridades de Medio Ambiente no responden, más bien se vuelven ciegos y los autorizan con permisos de corte y transporte de madera*”.

Todo lo cual entraña una pregunta decisiva cuya respuesta hace las veces de principio y fundamento del mal manejo tradicional de los recursos en la cuenca estudiada en este caso. El predominio de malas prácticas tradicionales de índole agropecuaria y forestal,

9. ¿No es la causa primera y última de los conflictos potenciales que amenazan a la cuenca? Y, ¿todo ello en razón, no de la enemistad de los pobladores de la cuenca entre sí, ni a lo interno de una misma comunidad ni entre ellas, sino por la desidia, complicidad y subsecuente falta de gobernanza en el manejo integrado de los recursos naturales renovables de la cuenca, en particular, del agua y sus fuentes de distribución rural?

Y por añadidura, en ese marco de referencia, de diversos tipos de asentamientos en las partes alta y media de la cuenca del Masacre,

10. ¿Cuál es o cuáles son las causas de diferendos, altercados y/o malestar en las comunidades de la parte alta y de estas con las de la región baja? ¿Puede hablarse en sentido propio de *conflicto(s)* - *comunitario(s)* debido al agua? Independientemente de las respuestas a esta y otras preguntas con la información disponible, ¿cuál podría considerarse que es la proyección de la situación actual? ¿Vamos hacia un conflicto formal en el seno de algunas comunidades, o entre comunidades de las partes más altas con la parte baja de la misma cuenca? Aún más, ¿qué puede hacerse para encauzar el porvenir de la zona y evitar males ambientales y comunitarios mayores?

(d.3.iii) La última situación que distingue la complejidad en ciertas comunidades es que, en cualquier instante, como antes en 2021 y ahora en 2023 (véase Ferrán, 2023c)<sup>2</sup>, en el momento menos pensado, las situaciones pasan de incidentes latentes a incendiarios, en relación con el manejo y uso que el agua binacional recibe, no solo de parte de las comunidades de ambos lados de la frontera, sino también de sus autoridades respectivas.

Sin entrar aquí en los pormenores de ambos incidentes, resumidos en el anexo de referencia, la cuestión decisiva es discernir en medio de la discusión y el diálogo:

11. ¿Actuaron las autoridades haitianas con apego a lo establecido en los acuerdos internacionales de ambos países al respaldar el desvío del cauce del río Dajabón en Ouanaminthe, no obstante proceder inconsultamente y sin acuerdo previo con la contraparte dominicana?

O, al reverso,

12. La reacción de la República Dominicana, ¿fue la más apropiada para los fines de lugar o francamente desmesurada? ¿Habría actuado de manera desproporcionada al cerrar la frontera entera comercialmente, debido a un grupo de personas incontrolables en Ouanaminthe, según alegato inicial de las autoridades haitianas, en perjuicio de toda la población del vecino país en términos?

13. ¿Habría errado la parte dominicana al emplear desde el inicio del conflicto todas sus respuestas a una instigación tramposa? ¿Procedía tirar las fuerzas armadas al medio y valerse del cierre indefinido de todas las fronteras con Haití, sin optar por medidas intermedias? Ejemplo de estas alternativas iniciales, recurrir a bombas de regadío para irrigar la zona agrícola aledaña en Haití, por ejemplo, o al menos, primero realizar las obras que ahora propone realizar en Don Miguel, para manejar el agua de forma más racional —dado el conflicto latente desde 2021 si no 2018—, sin perjudicar por ello la actividad productiva y comercial entre ambos países y sus respectivas poblaciones.

<sup>2</sup> Ferrán, F. (2023c). *Conflicto binacional por el agua del río Masacre o Dajabón*. Centro de Estudios Económicos y Sociales, P. José Luis Alemán S.J de la PUCMM.

Y, qué decir de la contraparte haitiana...

¿Se habrá valido de la construcción del canal de referencia en Ouanaminthe para utilizar la figura de un contrincante común (“scapegoat”) para unificar la voluntad popular haitiana y distraerla de los entuertos por los que atraviesa Haití, su sociedad y clase política, por otras razones?

En definitiva,

En cualquier hipótesis, ¿qué hacer, desde uno u otro lado del Masacre, para bien de todos los concernidos y para preservar la sostenibilidad del litigado caudal de agua?





## IV

# ALTERNATIVAS AL MANEJO DESINTEGRADO DE LA CUENCA

De tener que hacer un resumen del recorrido precedente, habría que poner de relieve que no solo se expande la frontera agrícola en las partes media y alta de la cuenca del río Dajabón. No solo eso, en verdad, pues resulta imposible excluir de tal recuento lo más notable de todo: la continua usanza de prácticas agropecuarias y forestales (sin mencionar aquí las pesqueras) inadaptadas y contraindicadas para lograr un uso más racional de los recursos naturales renovables allí disponibles.

La imagen propia de tal bosquejo sería la de un manejo tradicional, desarticulado e irracional, de recursos vitales como el agua, el suelo y sus nutrientes, la cobertura boscosa y, por añadidura, la biodiversidad de la que no se ha hablado en este caso de estudio. El predominio de prácticas tradicionales, traídas en el macuto de lo utilizado a lo largo del tiempo en otros contextos ecológicos, no da signos de cederle el terrero a otras usanzas actualmente preferidas por especialistas, en la justa medida en que son técnicas

desconocidas en ambos lados de la frontera por los habitantes de esa serranía.

De modo que, ante cualquier conocedor de dicha cuenca hidrográfica, se presentan al menos estas tres alternativas de intervención en sus partes alta y media:

- a. *Primera alternativa.* No intervenir y dejar que la fuerza de los eventos siga su curso normal.

Quizás algunos creen que la madre naturaleza, habitualmente calificada y como siempre pródiga y generosa, evitará, por obra y gracias de un milagro, la sequía y la contaminación de los cursos del agua y, por añadidura, el empobrecimiento del suelo y la escorrentía, entre otras variables de la degradación de los recursos naturales en la cuenca en cuestión.

- b. *Segunda alternativa.* Intervenir con una planificación predeterminada, comenzando por las variables social y política, sin por ello minimizar la medioambiental.

Lo más destacado de la cuenca media no son los conflictos, por demás técnicamente inexistentes en sus manifestaciones más drásticas y antagónicas, sino la dejadez, indiferencia y falta de compromiso de los afectados, que propicia que los mismos temas se reiteren una y otra vez, desprovistos de soluciones. Se requieren mediaciones a todos los niveles. La más conveniente—en comunidades complejas tipo Capotillo— tendría lugar entre los miembros de las comunidades de uno y otro lado, y los funcionarios nacionales y/o provinciales responsables del asunto a corregir. En ese ámbito de interacciones, la figura de los alcaldes pedáneos pudiera ser una aliada fundamental para cualquier iniciativa de interconexión. El otro nivel de mediación es interno, solo entre los comunitarios, tal y como acontece en comunidades diferenciadas tipo Hipólito Billini. Para acometer este compromiso es menester identificar con antelación los liderazgos comunitarios capaces de asumir y respaldar cualquier iniciativa en beneficio de un acuerdo común a los habitantes del lugar.

- c. *Tercera alternativa.* Concientizar los beneficios de adoptar y adaptar nuevas técnicas y prácticas agropecuarias y forestales como forma de enfrentar los perjuicios ambientales generados por la usanza tradicional de los recursos naturales renovables en la zona.

Esas novedades técnicas ajenas a los hábitos lugareños han de dejar en evidencia, al mismo tiempo, mayores beneficios económicos para los particulares y mejor disponibilidad de los recursos naturales utilizados. De lo contrario, se recurrirá de manera sempiterna a lo conocido y experimentado en el pasado, independiente de su valor presente y porvenir.

La mejor forma de lograr esa verificación y adopción de mejores opciones en el manejo de los recursos sería por medio del diseño e implementación de un sistema de extensión agrícola adecuado al manejo de las partes altas y media de la cuenca.<sup>3</sup>

En la hipótesis que sea, cada sujeto ha de responder, por fin, última pregunta a reflexionar,

16. ¿Cuál de esas tres opciones es la más realista, efectiva, y por qué? O bien, ¿existe alguna otra alternativa más objetiva y viable para avalar las buenas relaciones en la región y que garanticen la sostenibilidad de los recursos naturales renovables, como el agua, utilizados en la cuenca del río Dajabón?

---

<sup>3</sup> Véase en el *Plan Municipal de Desarrollo 2020-2024* ([https://www.sismap.gob.do/Municipal/uploads/evidencias/637566047769761195-5\)-PMD-Loma-de-Cabrera-2020-2024.pdf](https://www.sismap.gob.do/Municipal/uploads/evidencias/637566047769761195-5)-PMD-Loma-de-Cabrera-2020-2024.pdf)), cómo este tema es el gran ausente en asuntos de planificación municipal en materia medioambiental. La incidencia del referido sistema sería en las cuencas altas y media, por no aludir a toda la cuenca hidrográfica, puesto que en este estudio de caso no se han considerado problemas ambientales en la parte baja, tales como la extracción de la arena del Masacre, o la contaminación del agua entre Dajabón y Ouanaminthe, debido al matadero sito en el lado dominicano de la frontera, y ni siquiera la mejor disposición contaminante de desechos sólidos y de plásticos.